



XII Encuentro Ibérico de Directores de Planes Estratégicos Urbanos y Territoriales

Las ciudades en un mundo globalizado: hacia una nueva forma de ciudadanía

Daniel Innerarity

La idea de espacio público está vinculada estrechamente con la realidad de la ciudad, con los valores de la ciudadanía y con el horizonte de la civilización. Que la ciudad sea el lugar por excelencia de afirmación del espacio público es una convicción que corrobora la historia del pensamiento político —la invención del *ágora* democrática, la figura de las ciudades-estado, la formación de la burguesía en las principales ciudades europeas, tal como lo han puesto de manifiesto, entre otros, Max Weber (1956), Fernand Braudel (1979), Claude Lefort (1986) y John Pocock (2003)—, pero también algo que se revela en nuestro vocabulario político, que tiende a confundirse con el concerniente a la ciudad. En griego, público quiere decir, de entrada, expuesto a la mirada de la comunidad, a su juicio y aprobación. El espacio público es el espacio cívico del bien común por contraposición al espacio privado de los intereses particulares. En latín, el término *civis* ha surgido directamente de *civitas*. La densidad en este campo semántico permite asegurar que la reflexión acerca de la ciudad constituye un instrumento muy apropiado para examinar las conquistas, los dramas y las posibilidades de la vida común. Es lógico que constituya una fuente metafórica de los principales conceptos del pensamiento social y político.

En la ciudad se hace visible el pacto implícito que funda la ciudadanía. Las ciudades y sus lugares públicos expresan muy bien la imagen que las sociedades tienen de sí mismas. La ciudad es una particular puesta en escena de las

sociedades. En el modo de saludarse, en los itinerarios que realizamos, en las relaciones de vecindad o en el modo de urbanizar ese espacio es posible encontrar un elocuente resumen de nuestra manera de entendernos. La vida política está unida a formas de espacialidad. Hay una correspondencia estructural entre la disposición física de las cosas en el orden espacial y las prácticas políticas asociadas, entre el espacio físico y el espacio cívico. En una época en la que los condicionantes materiales han perdido su viejo prestigio determinista, es frecuente pensar que el debate público se constituye únicamente por la palabra y las acciones, mientras se minusvalora la importancia del espacio físico, concreto y material en el que se desarrollan. Así como las palabras y las acciones generan un espacio público, también el espacio genera determinadas formas de la política. El ambiente urbano no sólo refleja el orden social sino que constituye en realidad una gran parte de la existencia social y cultural. La sociedad es tanto constituida como representada por la construcciones y los espacios que crea.

Las ciudades que, por su forma y por el estilo de vida que promovieron, fueron catalizadores de la modernización social, se encuentran sometidas desde hace tiempo a una serie de procesos que ponen en cuestión su capacidad de promover la ciudadanía. El gran interrogante que tales transformaciones plantean tiene que ver con el modo de pensar la urbanidad bajo las condiciones de la globalización, hasta qué punto puede hoy realizarse en los nuevos espacios aquella relación entre ciudad y civilización de la que proceden nuestro concepto y las prácticas de la ciudadanía.

1. Un lugar para los extraños

Los sociólogos han definido siempre a la ciudad como un espacio para los extraños, el ámbito más apropiado para desarrollar una cultura de la diferencia. Desde Simmel y Bahrdt hasta Sennett, la ciudad se ha concebido como el lugar en el que han podido convivir diferentes modos de vida, culturas y concepciones del mundo, a la vez que han llevado a cabo el intercambio más productivo que conocemos. Las ciudades son los lugares privilegiados de esa mezcla que produce el desplazamiento de los hombres y les expone a la combinación y la novedad. En la polifonía de la ciudad hemos adquirido los seres humanos la experiencia de la diversidad que ahora tenemos. Descartes amaba el ruido y la confusión de Amsterdam (1937, 757), la



gran ciudad de la inmigración, donde no parece una casualidad que Spinoza y Locke hayan escrito las primeras teorías modernas de la democracia.

¿En qué consiste esa extrañeza de los habitantes de la ciudad y por qué se produce en ella esa heterogeneidad tan acusada? De entrada, es algo que está en función de su disposición espacial. La Escuela de Chicago estableció a comienzos del siglo XX tres características distintivas de la ciudad que ya se han convertido en un lugar común: *heterogeneidad*, *espesor* y *gran tamaño*. En la ciudad todos los elementos —habitantes, edificios y funciones— están en estrecha cercanía, “condenados” por así decirlo a la tolerancia recíproca. Esa obligación, con el curso de los siglos, ha conducido al conjunto de reglas que admiramos como cultura histórica de la ciudad. El tamaño de su población, la densidad de sus edificaciones y la mezcla de los grupos y funciones sociales, la yuxtaposición inabarcable de pobres y ricos, jóvenes y viejos, nativos y foráneos, su composición intergeneracional, todo eso hace de la ciudad un lugar de comunicación, de división del trabajo, de experiencia de la diferencia, de conflicto e innovación frente a lo que Marx calificaba como la “idiotez de la vida del campo”. Esta heterogeneidad tiene mucho que ver con el hecho de que en la ciudad el espacio común, el vecindario, no es constituido intencionalmente, sino el resultado azaroso de la elección de muchas personas. Los vecinos no tienen una herencia cultural común, ni normas o valores compartidos (o si los tienen no es a causa de que sean vecinos). Tampoco tienen unas especiales obligaciones y derechos como vecinos. Por eso en la ciudad uno se sorprende cuando se encuentra con alguien conocido, al revés de lo que ocurre en los pueblos, donde lo normal es conocerse. En un pueblo, uno vuelve la cabeza cuando se cruza con un extraño. Lo que en un sitio es sorprendente es lo habitual en el otro. Por eso uno se asombra cuando encuentra muchos conocidos en la ciudad y tiene la impresión de vivir en el campo. Esto parece un pueblo, decimos entonces. El prototipo del ciudadano es el extraño, el extranjero; la ciudad es un conjunto de desconocidos, el espacio donde el encuentro con extraños se convierte en rutina, donde la proximidad física coexiste con la distancia social.

Desde esta perspectiva se entiende por qué la ciudad ha sido siempre una promesa utópica de emancipación económica y política, el espacio propio de las libertades cívicas: desde el punto de vista civilizatorio era un lugar de emancipación frente a la amenaza de la naturaleza; desde el punto de vista político era un espacio de autogobierno; desde el punto de vista social era —pese a todas las tensiones y conflictos— un lugar de integración; y desde el punto de vista cultural posibilitaba que el individuo se liberara de las coacciones del clan familiar y los controles sociales de las comunidades locales. Por eso las ciudades se convirtieron en el centro de la innovación y ciudades asumieron el protagonismo cultural y político en los procesos de modernización. La cultura urbana que fue formándose con el surgimiento de las ciudades es una mezcla específica de estructuras sociales, políticas y económicas. En ella se prefiguró, con todas sus grandezas y miserias, la sociedad burguesa, el ideal de ciudadanía, una libertad a la que se aspira contra la dependencia natural, la tiranía de la tribu, las limitaciones de la vida rural, el control del vecindario o la estrechez de la supervivencia. Es posible existir sin la trama de la familia y del vecindario. Esa ganancia de autonomía modifica decisivamente las formas de integración social. La ciudad era el lugar en el que uno se liberaba del vecindario y las formas de control social.

El crecimiento de las ciudades posibilitó sistemas de sociabilidad independientes del control directo propio de la vida rural. Las ciudades son lugares en los que los extraños se encuentran de manera regular, donde es posible que convivan quienes no se conocen, de manera que se produzca una comunidad de los extraños (Lofland 1973). *La ciudad es el instrumento de la vida impersonal, el molde en el cual se vuelve válida como experiencia social la diversidad y complejidad de personas, intereses y gustos* (Sennett 1996, 738). La ciudad nos protege de una idea demasiado selectiva del nosotros y tiende a desbordar las delimitaciones identitarias.

El documento que mejor explica las consecuencias culturales de la vida de la ciudad tal vez sea el célebre escrito de Simmel de 1903, *“Die Gross-Städte und das Geistesleben”*, elaborado teniendo en cuenta el Berlín de la época. Lo que a Simmel le interesaba eran los efectos que la gran ciudad podía ejercer en la mentalidad y el



comportamiento de sus habitantes. La gran ciudad era para él el espacio de la modernidad. A diferencia del tono pesimista de buena parte de sus contemporáneos, Simmel dirige una mirada más bien elogiosa hacia la gran ciudad moderna. Pues bien, lo primero que advierte es que los encuentros en una gran ciudad son más bien impersonales y la comunicación funcional. A diferencia del pueblo, donde todos se conocen entre sí y en todas sus dimensiones, los habitantes de la ciudad se relacionan en la parcialidad de sus funciones. Los diferentes círculos de relación no se superponen: no coinciden el círculo de los clientes con el de los amigos, ni el de los vecinos con el de los compañeros de trabajo. Las funciones estructuran y limitan las relaciones sociales. Uno desconoce a qué otros círculos pertenece aquel con el que se está relacionando. No sabemos dónde vive el camarero, ni cuáles son las aficiones del compañero de trabajo, ni donde trabaja el vecino. A diferencia de los habitantes del campo o la pequeña ciudad, los contactos en la ciudad suelen ser segmentarios y limitados al ámbito del que se trate. Precisamente por eso las relaciones sociales entre los habitantes de la ciudad le parecen a Simmel especialmente apropiadas para la integración de los foráneos. Dado que las relaciones están limitadas y son impersonales, no exigen conocer a la totalidad de la persona. La aceptación personal no es un presupuesto para el establecimiento una relación funcional. No se vende a los amigos ni hace falta compartir los valores de nuestros vecinos para serlo. Por eso es posible establecer una relación con muchas más personas que si se tuviera que aceptar a los otros en todos los aspectos de su personalidad. Y esta es la razón por la que la gran ciudad constituye un espacio social para las diferencias aceptadas, donde los desconocidos y extraños se mueven con más facilidad que en los círculos sociales cerrados de las pequeñas poblaciones.

Otro de los clásicos de la sociología urbana, Hans-Paul Bahrdt (1996; 1998), estableció que lo propio de la gran ciudad era la polaridad de lo público y lo privado, frente a la indistinción de ambos espacios que caracteriza a la vida rural. Las unidades pequeñas, que favorecen la comunicación y la confianza en la que se estabiliza la identidad, implican también control que limita el desarrollo individual. La urbanidad, por el contrario, promete precisamente la emancipación frente a los

controles sociales. La ausencia de un sistema social que predetermine las relaciones de los individuos es un presupuesto necesario para que se puedan afirmar en su individualidad. La ciudad es el espacio donde resulta posible encontrarse con gente sin que esto conduzca necesariamente a abolir las fronteras de la intimidad. Hay un relación entre el deseo de fortalecer la esfera de la intimidad y las exigencias de un medio social más heterogéneo. Poder permanecer anónimo es condición de libertad individual. El anonimato de las grandes ciudades abre la posibilidad al sujeto de poder empezar de nuevo la vida, porque nadie conoce a nadie completamente y tampoco nadie está obligado absolutamente por su pasado. Haciendo abstracción de la propia biografía, se puede reconstruir la identidad y cada uno puede decidir por sí mismo qué aspecto de su propia personalidad desvela u oculta a los demás (Goffman 1973). En este sentido cabe afirmar que gracias a la urbanización, gracias a esa configuración de espacios públicos urbanos, surge para los individuos una verdadera vida privada.

La libertad individual no es sólo posibilitada negativamente por la ausencia del control propio de las pequeñas comunidades, sino también en la medida en que el mercado inaugura posibilidades para el despliegue de un modo de vida individualizado. Una conexión de este tipo había sido establecida por Max Weber entre el mercado, contrapuesto a la economía cerrada de la autosuficiencia, y la ciudadanía como asociación voluntaria de los individuos que se emancipan de su pertenencia a señores, comunidades o clanes, y se dotan de autogobierno (1956, 929). Simmel pone en relación este modo de vida con la economía que funciona en la gran ciudad, que es una economía de mercado en la que todas las diferencias cualitativas se reducen a un valor cuantitativo y la producción es para el mercado, o sea, para un consumidor cualquiera. El carácter que Simmel asigna a la gran ciudad (indiferencia, distancia frente a los conciudadanos) sólo se lo puede permitir quien no esté en relación personal con ellos. La integración en el mercado de trabajo es condición para la independencia económica. Quien lo ha conseguido ya no debe estar fuertemente integrado en la red informal de relaciones de parentesco, vecindario y amistad para sobrevivir.

¿Qué tiene que ver el principio de heterogeneidad cívica con la economía de mercado? Pues que en el mercado, como en la gran ciudad, los contactos son selectivos y establecen una relación entre quienes en principio no se conocen ni necesitan conocerse más. No hace falta ser amigo al vendedor para comprarle sus productos ni confraternizar demasiado con los vecinos. El mercado de la ciudad es un caso característico de lo que Bahrtdt llamaba “integración incompleta” (1998, 86) que posibilita los contactos entre desconocidos, que pone en relación a los extraños y no exige suprimir esa extrañeza. Eso se debe a que en cada interacción sólo interviene un aspecto de la personalidad. A diferencia de las relaciones “totales” de la vida rural (uno se encuentra con su vecino, al mismo, en distintas funciones: como cliente, familiar, compañero de trabajo y de ocio), las relaciones en la gran ciudad son funcionales y segmentarias. La mayor parte de las relaciones se establecen en virtud de una única función: como cliente pero no como amigo, como familiar con el que es preferible no tener negocios comunes... Aquí se contiene el principio de separación de las esferas sociales, central en los procesos de modernización.

El espacio público de la ciudad, que posibilita la individualización y no suprime la heterogeneidad, ofrece el panorama de una inusitada variedad, sobre todo cuando se lo compara con otras formas de vida. Simmel comienza su sociología de la ciudad precisamente con una descripción de las impresiones sensibles que la gran ciudad deja sobre es espectador: *...el continuo amontonamiento de imágenes cambiantes, la rapidez con la que uno se distancia de lo que acaba de ver, el carácter inesperado de las impresiones que se nos imponen* (1993, 192). La ciudad es descrita como un espacio en el que nos asaltan una gran cantidad de impresiones cortas, intensas, cambiantes y diversas, tanto más cuanto mayor es el número y la densidad de los habitantes. Una gran ciudad es un espacio en el que hay una gran cantidad de impresiones que sólo pueden soportarse gracias a la distancia, una actitud que resulta fundamental entender para hacerse cargo de en qué consiste la cultura urbana, que supone la capacidad de vivir con más seres humanos de los que uno conoce personalmente.

La individualización de las formas de vida y las posibilidades que ofrece el consumo conducen a una creciente heterogeneidad. En la ciudad se despliegan con el mismo derecho las formas de vida más contradictorias, hasta la extravagancia y el exotismo. Pues bien, del mismo modo que para soportar la exuberancia de impresiones sensibles es necesario subir el umbral de afectación, la heterogeneidad social formaliza en nosotros esa distancia o relativa indiferencia que está en el origen de la urbanidad y que constituye para Simmel *un preservativo de la vida espiritual frente a la violencia de la gran ciudad* (1993, 193). Uno se rompería interiormente si reaccionara frente a los múltiples contactos que se tienen en la gran ciudad como lo haría en un espacio más pequeño donde todos nos conocemos. La mayor parte de las normas de la gran ciudad sirven para el mantenimiento de la distancia: no tener que saludar, no entrometerse en una conversación, no tener que prestar demasiada atención, son cosas que hacen soportable la cercanía espacial. Imaginémonos lo molesto e incluso ridículo que resulta el comportamiento inverso. La función de estas reglas consiste en controlar las relaciones no deseadas, en proteger la privacidad propia y ajena. Goffman llamó “desatención educada” a esa especie de ritual informal que organiza las interacciones difusas del espacio público (1973) y que convierte a la ciudad, según la definición de Montesquieu, en un lugar de relativa y generalizada indiferencia.

Las mejores reflexiones acerca de la naturaleza de la gran ciudad han tenido que hacer frente al mito de la proximidad que consideraba el mal como alienación, impersonalidad, frialdad y se incapacitaba para entender las ventajas liberadoras y culturales de la convivencia con extraños. Una de las grandes aportaciones de Simmel fue precisamente mostrar que lo que la crítica conservadora entendía como anonimato, alienación, desinterés y decadencia era un presupuesto para el desarrollo individual: lo que denominó *Blassierheit*, una actitud de desinterés, indiferencia, insensibilidad de los sentidos frente a la continua estimulación que ejerce sobre ellos la ciudad y sus habitantes. Se trataría de una especie de reserva o indolencia que no se afecta ni conmueve, que puede llegar incluso a una “ligera aversión” (Simmel 1993, 197). Podríamos llamar a esta actitud “liberalidad” (Innerarity 2001, 158-160) y que Stendhal entendió como la capacidad de no enfadarse por las manías de los demás. Bahrdt designaba a esta manera de

proceder como una “tolerancia resignada”, que respeta la individualidad del otro también cuando no hay ninguna esperanza de entenderle (1998, 164). La tolerancia urbana deja que cada uno sea feliz a su manera, sin recriminar su extraño modo de comportarse, y supone que hasta en la conducta más rara tiene que haber algo que la haga comprensible o, cuando esa suposición resulte muy difícil, decreta aquello de que hay gente para todo. La liberalidad ciudadana implica que a los otros no hay que adoctrinarles ni obligarles a que se adapten; pueden ser otros sin problema. Si algo define la urbanidad es precisamente esa capacidad de relacionarse con extraños sin sentir la necesidad de reprocharles esa extrañeza o suprimirla. Ahora se comprenderá por qué este ámbito de indiferencia favorece la integración de extraños.

Al mismo tiempo, la ciudad crea un espacio para la diferenciación de los estilos de vida, lo que a su vez es condición de la fuerza innovadora de su cultura. La distancia que se cultiva en la vida urbana es algo que sirve no solamente para protegerse; también es presupuesto para el desarrollo de la personalidad pues garantiza una cultura productiva de la diferencia. Puede que sea ésta una de las mejores definiciones de la cultura: la posibilidad de que los hombres actúen juntos sin la compulsión de ser idénticos (Sennett 1996, 563). Y tal vez sea esa diferencia consentida lo que explica la fuerza transformadora de la ciudad europea, ese lugar en el que surgió la burguesía, la sociedad civil, la comunidad de ciudadanos.

2. Miedo a la ciudad

Está claro que todas estas características que destacan en la forma urbana de vivir no carecen de ambigüedades, algo que testimonia también la trágica historia de nuestras ciudades. Las esperanzas emancipatorias de la ciudad coinciden con el riesgo de soledad, la desprotección y la incertidumbre acerca del futuro. Por eso, el elogio de la ciudad ha ido siempre acompañado por su crítica más feroz. Sobre las ciudades se han contado una y otra vez historias de decadencia. En el siglo XIX, la historia más contada era la de una decadencia de las costumbres y pérdida de orden en el nomadismo, el desarraigo y la inabarcabilidad de la gran ciudad industrial; en el siglo XX, la crítica de la ciudad se formula como pérdida de la urbanidad por la

construcción funcionalista de la ciudad. Con todo ello se mezcla también una vieja tradición de desprecio a la ciudad, ideológicamente recuperada en el siglo XX por Heidegger, Jünger o Spengler, que retoma el anterior rechazo a la civilización de muchos poetas románticos, el retorno a la vida campesina de Tolstoi o la huida hacia las tribus primitivas de Gaugin. En sus formas más extremas adopta incluso el discurso que hacía de la ciudad el espacio de la corrupción y del artificio, por oposición a un campo erigido en conservador de la pureza natural y las buenas costumbres.

Del mismo modo que el espacio privado de la vivienda y la familia no sólo esconde una convivencia armónica, tampoco el espacio público ha cumplido nunca su ideal normativo. Pensemos, por ejemplo, en el ideal de heterogeneidad y tolerancia; lo que para Simmel en Berlín parecía una indiferencia emancipadora resultaba para Engels en Manchester una hipocresía segregadora (1970). La ciudad impulsa una individualización positiva, en cuanto que inaugura la división del trabajo y una diferenciación de las posibilidades de consumo, pero también negativa, en la medida en que desarraiga a los individuos de sus tradiciones y controles sociales. La versión más célebre de esta parte negativa la planteó Louis Wirth en 1938: la ciudad como aislamiento, masificación, segregación y desigualdad social (1974). Escribió esta crítica después de la gran depresión de comienzos de los años 30, tras la experiencia de la gran criminalidad de Chicago, centro entonces de la sociología americana y ciudad que había experimentado en los primeras décadas del siglo XX una gran inmigración. Precisamente la cuestión de la integración social fue una de las grandes ocupaciones de la Escuela de Sociología de Chicago. Sociólogos como Burgess y Park describieron con toda su crudeza la ambivalencia de la urbanización: la ciudad es un espacio de individualización al que debemos la mayor productividad económica y cultural, pero también un escenario donde se dan cita de todas las patologías de la sociedad moderna. Para que la urbanidad se realice tiene que haber integración social, sin la cual la tolerancia está siempre a un paso de convertirse en prejuicio y agresión.

El caso americano es especialmente ilustrativo de una polarización ideológica más general. El conservadurismo adopta allí la forma, con todas las salvedades que

haya que notar, de una aversión hacia la ciudad. Los republicanos son los que mejor han heredado el profundo escepticismo respecto a las posibilidades de la vida urbana que está fuertemente enraizado en la cultura americana, principalmente en los medios más tradicionales. Todo el proyecto de América —la utopía de una comunidad humana renovada a partir de una ruptura con el pasado europeo— lleva desde sus comienzos rasgos antiurbanos. Las raíces de ese miedo a la cultura urbana son muy diversas. Se pueden rastrear en la historia de las comunidades puritanas de Nueva Inglaterra o en el romanticismo rousseauiano que alimentaba el conservadurismo de los pioneros. En cualquier caso, se trata de algo que vuelve una y otra vez, que reaparece en la escena de la discusión pública o en las prácticas de gobierno como un carácter identitario.

Thomas Jefferson, uno de los primeros presidentes de los Estados Unidos, llevó a cabo una política fiscal que privilegiaba a los agricultores frente a los comerciantes con el objetivo de asegurar la autosuficiencia del país. Defendió la compra de territorios más allá del Mississippi precisamente con el objetivo de asegurar la pervivencia de la sociedad agraria. Su política respecto de los indios estaba pensada para convertir a los aborígenes en granjeros y hacer así de ellos unos buenos americanos. Estaba convencido de que sólo la producción agraria y la vida en pequeñas comunidades rurales asegurarían la democracia en América. Cuando estuvo en París no dejó de apreciar los encantos de la capital francesa pero esa estancia también le llevó a la convicción de que “la vida en la ciudad es una pestilencia para la moral, la salud y la libertad del hombre”.

El escepticismo americano frente a las grandes ciudades se ha mantenido obstinadamente a lo largo del tiempo. La ciudad de Boston fue concebida por John Winthrop y Cotton Mather como una antítesis de Londres. El movimiento religioso que tuvo lugar en 1730, conocido como el *Great Awakening*, se reveló precisamente contra la decadencia de las ciudades que, al aumentar el número de sus habitantes, ya no podían ser controladas por el clero. Este ideal de sociedad como comunidad abarcable y bajo control está en el origen de la colonización del Oeste, que representaba la posibilidad de romper con el pasado, poner tierra por medio y volver

a empezar, de escapar de la corrupción. Por eso, cuando en 1893 el historiador Frederick Jackson declaró que se había terminado la colonización del territorio lo que dibujó fue más bien una imagen pesimista de la decadencia de América. El amplio espacio que era garantía de libertad y democracia se había convertido en un bien escaso. A partir de entonces se esfumaban las posibilidades de colonizar y comenzaba la era de la densificación, es decir, del crecimiento y la mezcla.

El antagonismo ideológico también tiene se traduce en el combate de los imaginarios urbanos, pues la idea de ciudad sintetiza muy bien el concepto de sociedad que está en juego. En el miedo conservador hacia la ciudad se hace visible el rechazo del “otro”, ya sean los bebedores irlandeses que echaron a perder la moral puritana de Boston a principios del XVIII o los negros, puertorriqueños, católicos y judíos que según Nixon apestaban en la ciudad de Nueva York y para la que se preguntaba —ironías de la historia— si no le habría llegado la hora de la destrucción. La antipatía hacia la ciudad surge siempre del sentimiento de que ella representa algo extraño, mixto, amenazante, incontrolable. A todo lo cual se añade ahora el hecho de que, en la era de la globalización, los grandes centros comerciales del mundo como Nueva York, Londres, Tokio o Frankfurt son realidades extraterritoriales, que actúan más entre sí que con el resto del país, y sobre las que los gobiernos nacionales ejercen un poder escaso.

Por supuesto que la vida urbana es ambivalente, como lo es la ciudad. Una ciudad tiene que ofrecer orden y seguridad, pero también ha de permitir una cierta irregularidad. Las críticas a esa otra cara de la urbanidad (anonimato, indiferencia, aislamiento, caos) tienen razón en lo que denuncian, pero no la tienen cuando desconocen que lo que critican es al mismo tiempo presupuesto de las esperanzas que desde siempre se han vinculado con la vida ciudadana: que es un lugar donde se puede vivir la propia vida libre de los espesos controles de la vida rural, recomenzar la propia vida sin el peso agobiante de la propia biografía, un lugar de esperanza. Las posibilidades liberadoras de la vida urbana tienen que ver con esa cultura de liberalidad, complejidad, hibridación, diversidad, emancipación, comunicación, hospitalidad. La ciudad ha constituido siempre un lugar de sorpresas



y polifonía frente al espacio homogéneo y controlable que algunos imaginan encontrar todavía en una idealizada vida rural.

Los seres humanos dirigen a la ciudad exigencias contradictorias. Tiene que ser patria y máquina, lugar de anonimato y de identificación, debe proteger y posibilitar, ha de ser espacio de indiferencia y de reconocimiento. En una ciudad no hace falta tener una vaca para beber leche, ni ir a la fuente para beber agua, ni hay que vigilar el fuego, ni ocuparse personalmente de los niños y los ancianos. La gran ciudad es un lugar en el que se organiza la responsabilidad; un lugar de anonimato y de libertad frente a los controles sociales. Pero también queremos que sea un lugar de identificación y reconocimiento. Todo ello contiene también una amenaza: perder los vínculos, quedar aislado, destruir los presupuestos naturales de la vida. Esto es así porque no hay manera de ofrecer una imagen de la ciudad que no sea contradictoria. La urbanidad ha de pensarse en categorías contradictorias y se realiza en el movimiento de sus contradicciones: entre el orden y el caos, entre lo público y lo privado, entre la indiferencia y el compromiso ciudadano, entre alienación e identificación.

3. Las transformaciones urbanas

En su célebre ensayo sobre la ciudad Simmel asociaba la urbanidad con una determinada forma de la ciudad. Esta imagen contiene tres elementos formales: centralidad, es decir, una articulación urbanística y funcional entre centro y periferia; contraposición respecto del campo, del que se distinguiría con claridad; mezcla funcional y social, o sea, una yuxtaposición de viviendas, negocios, empresas, cafés, lugares de ocio, pobres y ricos, jóvenes y viejos, en un espacio limitado. Me gustaría tomar pie en estas tres características para plantear la cuestión acerca de si las actuales transformaciones urbanas suponen o no el fin de la ciudad, al menos en la forma que hasta ahora conocemos.

En el año 1966 tuvo lugar en Bremen un congreso bajo el título “La desaparición de las ciudades” (Krämer-Badoni/Petrowsky 1997). Naturalmente que no se estaba pensando en su desaparición *física* sino en un proceso estructural que,

a largo plazo, modificaría las ciudades, espacial, social y funcionalmente de tal manera que nuestro viejo concepto europeo de ciudad terminaría por ser inadecuado para esa nueva configuración. Desde el punto de vista espacial, la suburbanización provocaría una urbanización difusa y desconcentrada, mientras que la tradicional relación de la ciudad y el campo que la rodea resultaría irreconocible; desde el punto de vista social, a la nueva estructura espacial le correspondería una polarización de las poblaciones, diferenciadas claramente según el nivel de ingresos; funcionalmente los núcleos de las ciudades pierden significación.

Desde hace años las ciudades siguen un proceso de crecimiento que no satisface los criterios de integración social, espacial y cultural y que parecen convertir a la ciudad tradicional en algo obsoleto. Dicen los expertos que dentro de unos decenios no habrá apenas quien viva en un espacio rural, que la forma urbana se habrá universalizado. Evidentemente esto sólo supondría un triunfo de la ciudad si denomináramos así a cualquier aglomeración de edificios. La cuestión que esto nos plantea es si se trata de un triunfo o de una disolución, de una evolución caótica sin ninguna exigencia de organización del espacio construido. Si la idea misma de espacio público surgió con la ciudad, ¿será el fin de la ciudad también el fin de la posibilidad de tal espacio? Desde luego que la suburbanización no es propiamente un modo de vida urbano. La ciudad, que era una forma de convivencia espacial y socialmente concentrada, que había dado pruebas de ser una fórmula relativamente exitosa, se ha convertido en un modelo inservible. Vamos más bien hacia un mundo periurbanizado de ciudades débiles, donde la ciudad se disuelve en una aglomeración banal y la metrópoli se convierte en el círculo dentro del cual tienen lugar los desplazamientos.

Comencemos examinando la cuestión desde un punto de vista *morfológico*. Asociamos la forma de la ciudad europea a un núcleo histórico, de edificios bajos (con excepción de la iglesia o algún edificio público), plazas centrales de utilidad pública, barrios mezclados en lo que se refiere a la función y nivel económico, unos claros límites de la ciudad hacia fuera, edificación densa. La densidad tiene tres dimensiones: física (la relación del espacio edificado y la superficie de la ciudad), de población (número de habitantes por superficie) y social (frecuencia con la que



tienen lugar los contactos). En la ciudad del siglo XIX estas tres dimensiones estaban estrechamente asociadas. Una ciudad densamente construida era una ciudad densamente habitada y en la que tenían lugar densas relaciones comunicativas. Esa coincidencia fáctica de espesor físico, de habitantes y social es uno de los motivos por los que asociamos todavía hoy urbanidad con la ciudad compacta del siglo XIX.

En contraste con ella, la forma de la *global city*, a la que todas tienden a parecerse (Marcuse/van Kempen 1999; Sassen 2001), se define como: concentración de torres de oficinas en un distrito central de negocios, fragmentación y urbanización difusa. Se ha perdido esa ciudad espesa, plural y mestiza como centro político, económico y cultural de la sociedad. El devenir histórico ha modificado la forma de la ciudad europea, especialmente dos elementos: la densidad y la centralidad. El cambio en la forma de la ciudad tiene su origen en el desplazamiento de la población, de la industria y el comercio hacia la periferia, que antes coexistían en un núcleo compacto. Como constató Bahrtdt (1996, 222), se desvaloriza el centro de las ciudades europeas en tanto que lugar clásico del espacio público. Gana en atractividad la periferia.

Por lo que se refiere a la población, la suburbanización está impulsada fundamentalmente por las clases medias, cuyas aspiraciones de vivienda parecen conducir hacia la figura del adosado. Se extiende el ideal de vivir en armonía con la naturaleza y sin tener que renunciar a las conquistas de la vida urbana, algo que por cierto estaba en los proyectos de ciudades utópicas de los primeros socialistas y en otros más pragmáticos. Desde este punto de vista no puede dejar de advertirse que este proceso, y otros similares, suponen la importación de modelos americanos de crecimiento urbano. En Europa se lleva a cabo medio siglo después que en Estados Unidos una descentralización de los asentamientos urbanos e industriales, en virtud de la cual dos tercios de los puestos de trabajo y de las viviendas se encuentran hoy fuera de los centros históricos.

Algo análogo ha sucedido con las actividades económicas. El comercio ha sido históricamente origen y agente central del proceso de construcción de la ciudad. En

torno a 1900 los mercados se transformaron en los centros comerciales de la ciudad, en los pasajes y almacenes. Los centros de las ciudades pudieron hacerse cargo de este salto cualitativo, pero no el que tuvo lugar a partir los años 70. La racionalización del comercio provocó grandes concentraciones que derivaron en los *shopping-malls*, parques temáticos, centros de ocio y centros de entretenimiento. En las afueras se crearon los centros comerciales con una oferta variada, que incluye también entre sus ofertas la sensación de estar en el centro de la ciudad. Algunos de ellos constituyen verdaderas simulaciones de la ciudad. En los más modernos ya no se trata de meros centros comerciales sino de lugares de ocio en los que se puede comprar. Los centros de las ciudades no pueden competir con ellos ni en superficie ni en accesibilidad. También la industria ha abandonado progresivamente las ciudades y se ha desplazado hacia los polígonos industriales del extrarradio, donde también se encuentran centros de servicios, parques tecnológicos, *bussines-districts*, espacios de congresos y hoteles, preferentemente cerca de un aeropuerto. En muchas ciudades como Amsterdam, en el centro de las ciudades sólo hay pequeñas oficinas; los lugares de negocios se encuentran fuera de la ciudad, en un complejo de arquitectura postmoderna. En esas *Instant-Cities* puede encontrarse todo lo que necesita una ciudad de servicios.

¿Cuál es la forma que resulta de este proceso de “descentralización”? Pues fundamentalmente un modelo de urbanización de baja densidad, un archipiélago urbano sin ciudad, una serie aleatoria de aglomeraciones. Los espacios peri-urbanos ya no son propiamente espacios periféricos, sino que han disuelto la centralidad tradicional de la ciudad en la medida en que han construido a su vez centralidades alternativas. Desaparecida la forma tradicional de la ciudad europea, parece no haber ya posibilidad de un espacio urbano unificador. Da la impresión de que los anteriores mecanismo de unificación de la sociedad se hubieran invertido bajo la apariencia de una urbanización generalizada. Los Ángeles puede ser la imagen extrema de una dispersión que se ha convertido en la realidad ordinaria de las grandes ciudades contemporáneas.

El proceso de disolución de la ciudad tradicional comienza ya a finales del XIX y se acelera a lo largo del XX. Los diseñadores urbanos suprimen la distinción entre



el campo y la ciudad (con la idea de la ciudad-jardín, por ejemplo) y aceleran el proceso de diferenciación entre las funciones urbanas del trabajo, la vivienda y el ocio (así se plantea en la Carta de Atenas), lo que supone una tendencia contraria a la densidad y mezcla de la ciudad compacta. Con la crisis de la ciudad industrial, las tendencias centrifugas parecen erosionar la vieja ciudad y la ciudad urbana se transforma en una trama de asentamientos. Actualmente la racionalidad económica y las posibilidades tecnológicas permiten que las funciones urbanas se dispersen en todas direcciones. Lo que en otra época exigía una sede central para estar al alcance de los trabajadores y los clientes, ya no está sometido a ninguna exigencia de localización. La ciudad se disuelve en la misma proporción en que aumenta la movilidad.

Lo más llamativo de este proceso es que se pierde la contraposición entre ciudad y campo que caracterizaba a los viejos emplazamientos urbanos, cuando la ciudad era una isla de civilización en medio de la naturaleza; ahora resulta imposible diferenciar la ciudad y el campo en los actuales “paisajes urbanizados”, en nuestras “entreciudades” (Sieverts 1998), espacios que no son ni campo ni ciudad, ni centro ni periferia y en los que cada vez viven más personas. La ciudad actual se caracteriza por el desarrollo, en su periferia, de una urbanización laxa cuya frontera es imposible señalar: no hay ruptura entre la ciudad y el campo, ni un “frente” cuyo avance pudiera apreciarse, sino un tejido urbano o peri-urbano con el que designamos simplemente algo indeterminado que se encuentra en torno a la ciudad. Es lo que en Estados Unidos se designa “*urban sprawl*” e indica que la urbanización se continúa fuera de toda noción de límite espacial y se organiza de un modo diferente. La expresión significa que el proceso ya no se sitúa en el universo de los *suburbios* del periodo industrial. Ésta es una de las causas de que en las sociedades intensamente urbanizadas casi haya desaparecido la diferencia de los modos de vida entre el campo y la ciudad. La ciudad no es ya el lugar específico y exclusivo del modo de vida urbano.

Una de las principales transformaciones urbanas es la pérdida del *centro*. Periurbanización significa que la ciudad se extiende en torno a su centro hasta

perder toda vinculación con él. En la ciudad preindustrial vivir en el centro era un signo de distinción social. En el centro se simbolizaba el poder político y se concentraba la población, el trabajo y el comercio. En las ciudades actuales el centro pierde habitantes (o los recupera como emigrantes), puestos de trabajo, comercio, funciones de tiempo libre. La obsolescencia de la centralidad administrativa se traduce en el hecho de que, por ejemplo, el centro de muchas ciudades americanas no sea un lugar de identificación para la población sino un “*Central Business District*” que sólo tiene una utilidad comercial y en el que la residencia y la cultura apenas desempeñan ningún papel.

La causa profunda de todo esto radica en que las sociedades modernas ya no necesitan la forma de una centralidad espacial (Innerarity 2004, 113). La desaparición del centro o, al menos, de las funciones que hasta hace poco le estaban asignadas, se debe a que el poder de las redes es tan considerable y su ubicuidad tan completa que en adelante ningún lugar de implantación está, por principio, privilegiado frente a otros. Las redes de comunicación son cada vez más indiferentes a la geografía, incluida la geografía urbana. Los centros de producción, de gestión, de decisión pueden quedarse o marcharse de la ciudad. A esta nueva configuración se refería Foucault cuando describía la nueva fisionomía de la ciudad con el concepto de “heterotopía”, como un espacio sin forma, algo a lo que Deleuze aplicó la imagen del “rizoma”, configuración sin centro.

El poder en las civilizaciones antiguas (y este “antiguo” es bastante reciente) estaba asociado a las concentraciones en un mismo lugar de todos los instrumentos de dominación, de influencia o de organización. Es esta concepción “monumental” del poder la que ha devenido caduca. La crisis de la monumentalidad tradicional — esa que según Bataille se eleva como diques contra la multitud y le imponen silencio (1974, 171)— se manifiesta en el hecho de que cada vez hay más edificios públicos que se parecen a una construcción utilitaria cualquiera, a la arquitectura modesta de los nuevos lugares públicos, como si no supiéramos o no quisiéramos expresar la idea de la majestad de la vida pública.

La densificación de las redes tiene también como efecto la relativa pérdida de función de la metrópoli. Ya no se puede edificar una capital al estilo del viejo tipo.



Una capital de Europa, por ejemplo, sería arquitectónicamente inconcebible. A esta circunstancia se debe que la Comisión tenga su sede en Bruselas, el Parlamento en Estrasburgo, el Tribunal en Luxemburgo, mientras que el Consejo se reúne en Birmingham, Hannover, Maastricht o Korfú. Por ese motivo cabe suponer que Bruselas no será nunca un centro al estilo de las viejas capitales europeas. Nada lo muestra mejor que el fracaso de los intentos por fundar macrocapitales en los regímenes totalitarios de este siglo. Ya no parece posible ni siquiera establecer centros a los que asignar las funciones que se encomendaron a capitales modernas como Ottawa, Ankara, Camberra o Washington. Una sociedad reticular es una sociedad tendencialmente descapitalizada. El valor simbólico de la capital parece todavía fuerte pero cabría preguntarse si resistirá el agotamiento de su antigua función administrativa. Uno se puede incluso plantear si habrá capitales a finales del siglo XXI.

La idea de una centralidad política y simbólica se debilita. Los lugares centrales han perdido funcionalidad, pero también el atractivo para la demostración de presencia y dominio. En la mayor parte de los casos, la presencia en el centro se debe sin más al deseo de visibilidad. El centro puede ser tan móvil como su representante. En las democracias actuales, la presencia efectiva del presidente es una presencia mediática sin territorialidad. Un jefe de estado puede viajar sin ser acusado de desertar de su puesto: el centro se desplaza con él. Ya no habrá más *“fuite à Varennes”* (la célebre huida de Luis XVI en 1791).

Esta transformación del centro es tan radical que hace inútiles los esfuerzos por rehabilitarlo. Con la reconstrucción estética del casco antiguo no se recupera la fuerza integradora de la ciudad porque las metrópolis, su significado, su función y su vitalidad, no se pueden crear artificialmente. En todo caso, el centro se puede restaurar, lo que no equivale a recuperar su antigua significación e inscribirla en un dinamismo vivo. Lo más que cabe es musealizar la ciudad, escenificar aisladamente algunas de sus funciones perdidas, con fortuna en ocasiones o caricaturizando el centro urbano para el consumo. La musealización de la ciudad consiste precisamente en que los centros históricos son hoy una atracción turística. Los

turistas que visitan el centro de las viejas ciudades europeas no lo encuentran en su vitalidad funcional sino como un reducto museístico. Mientras que la población, los asuntos económicos y administrativos escapan de la ciudad, el casco histórico se convierte en museo y lugar de paseo para el turismo internacional. El centro de la ciudad se ha convertido en objeto de nostalgia. Según las estadísticas, un tercio de los turistas visitan la ciudad histórica, el viejo centro, es decir, una reliquia de su pasado. El turista metropolitano busca, en los vestigios arquitectónicos de las capitales históricas, la representación simbólica de algo común que apenas se puede expresar en los actuales espacios urbanos.

Desde el punto de vista del *estilo de vida*, las actuales transformaciones urbanas tienden a fragmentar de acuerdo con criterios de homogeneidad. La disolución de la ciudad se realiza en la tendencia a la segregación social y funcional, a la homogeneización de grupos según los ingresos económicos y el estilo de vida, el fraccionamiento social de la ciudad. Se configuran así unidades homogéneas y diferenciadas, sin relación entre sí, donde apenas se realiza esa coexistencia de los diferentes, de los extraños y desconocidos, en un espacio no estructurado jerárquicamente. Se trata de formas de habitar que reflejan, frente al modelo de convivencia entre diferentes propio de la ciudad clásica, una búsqueda del semejante en entornos homogéneos. Cuando los núcleos de las ciudades se llenan de grupos problemáticos, las clases medias y altas encuentran a sus vecindarios homogéneos con facilidad en los alrededores, a donde se desplazan buscando homogeneidad social, una vida en círculos sociales más restringidos, asegurados por los altos precios e incluso por barreras y sistemas de vigilancia.

Tiene lugar así una especialización funcional del espacio por el que la ciudad es vista como una yuxtaposición de elementos más o menos independientes y que obedecen a normas o reglas específicas. La idea de un barrio vivo y plural, a la que apelan todos los planes políticos, ya no es más que una ilusión nostálgica. Lo urbano es cada vez menos sinónimo de ciudad, de valor urbano, de pertenencia a una misma comunidad.

Esta fragmentación se pone de manifiesto, por ejemplo, en la ruptura de la unidad temporal. La diferenciación entre distintas zonas temporales de la ciudad

hace que se pierda el ritmo de una ciudad como un todo, su acompasamiento temporal público. Las tendencias centrifugas, la especialización de las funciones y los lugares conducen a una fragmentación de la vida, que no posee ya un centro estructurador. Con la interdependencia global aumenta el número de los profesionales cuya estructura temporal se ha desvinculado completamente del lugar en el que se encuentran. Pocos saben en qué ciudad viven propiamente, pues donde se vive no se trabaja y donde se trabaja no se pasa el tiempo libre. Incluso la vivienda se desdobra cada vez más en una para los días laborales y otra para el fin de semana. No coinciden los que viven en una ciudad y los que la utilizan, y en esa diferencia desaparece poco a poco el ciudadano. Cuando uno vive en un sitio, trabaja en otro y compra en otro distinto, ya no existe el ciudadano como habitante de un espacio público en el que se discutían y decidían los conflictos entre la vida, la economía, la política y la cultura. Aquel espacio público se ha fragmentado en diferentes clientelas que quieren satisfacer intereses específicos: uno quiere vivir en un sitio tranquilo, otro un mercado de trabajo flexible, aquel, posibilidades de comprar y divertirse, el de más allá vías de comunicación rápidas.

Otra de las manifestaciones de la fragmentación urbana es la etnificación de sus espacios. Surgen así barrios con una gran homogeneidad étnica, como los Chinatown o la Little Italy, en Nueva York y en otras ciudades, como el barrio turco de Berlín (Kreuzberg), el Spitalfields de Londres en el que se concentra la comunidad bengalí o los barrios de Sarcelles, a las afueras de París, y Le Panier, en Marsella, habitados principalmente por norteafricanos. Diversos estudios sobre los enclaves étnicos aseguran que éstos se configuran para mantener las condiciones de confianza, seguridad, predecibilidad y un sentido de convicciones compartidas frente a las incertidumbres de la vida pública (Whyte 1943; Gans 1962). El fenómeno de la segregación no se origina sólo en una deliberada voluntad de exclusión social; cada grupo ocupa un territorio diferenciado en la ciudad para facilitar la integración de los individuos. En la medida en que los individuos encuentran un nicho a su medida en la ciudad surge un espacio de familiaridad que protege frente a la anomia. Pero esa integración no es plena ni propiamente urbana porque no configura una relación con los diferentes. La actual realidad de la ciudad segregada hay que

entenderla hoy más como paisaje de la desigualdad social que como mosaico de diferentes culturas.

En paralelo con este proceso se pone en marcha otro para las clases medias y altas (“gentrificación”), generalmente para garantizar su seguridad en vecindarios homogéneos. Estos espacios controlados tienden a constituir una “ciudad en la ciudad” (Selle 2002, 51). Lo que al final resulta es una extensión del espacio privadamente organizado a costa del espacio público. Son las *gated communities* en las que se afirma, sin mala conciencia, una urbanidad discriminatoria: la retirada defensiva de una parte de la ciudad contra otra, una manera de colocarse fuera de la sociedad, de sustraerse a las reglas comunes apropiándose colectivamente del espacio. Diversos autores han señalado el carácter autodestructivo de esos enclaves de uniformidad comunitaria. *El peligro que se esconde en el trato con los extraños es el típico caso de profecía que se cumple a sí misma. La visión del extraño se mezcla con el sentimiento de miedo e inseguridad; lo que empieza como sospecha termina por convertirse en una evidencia y certeza comprobada* (Bauman, 2000, 127). El miedo hacia los de fuera crece en la misma proporción en la que los barrios con gran homogeneidad étnica se separan del resto de la ciudad. *La llamada al orden y al derecho es más fuerte cuando grupos aislados se separan claramente de los demás* (Sennett 1996, 194). La separación, pese a su apariencia pacificadora, promueve todo lo contrario: inseguridad civil y social. Sin la capacidad unificadora de los espacios urbanos, la distancia es vivida como rechazo y alimenta el sentimiento de no pertenecer a la misma sociedad.

Con la actual fragmentación la ciudad parece haber perdido esa capacidad de dar cuerpo a la sociedad aproximando a sus componentes, mostrando tanto su diversidad como su interdependencia. Si la urbanidad significa algo es precisamente capacidad de vivir con los diferentes, de que las diferencias no aparezcan como algo amenazador. *Más que otros asentamientos humanos, la ciudad es el lugar de los descubrimientos y las sorpresas, sean agradables o desagradables* (Hannerz 1992, 173). Pero con la creciente selectividad social la vida en los espacios públicos pierde sorpresas e imprevistos, cada vez es más inverosímil experimentar la pluralidad de la ciudad en todo su alcance. Tiene lugar una “reducción de la disonancia cognitiva”

(Häusermann/Siebel 2000), una disminución de la experiencia del encuentro espontáneo con otros seres humanos. El encapsulamiento en la propia vivienda, en el barrio homogéneo o en el automóvil empobrece nuestro mundo de experiencias no planificadas. La cultura urbana, en tanto que una forma específica de vida, pierde así su base social.

Todo este proceso, en suma, parece conducir a una privatización del espacio público o, tal vez mejor, a que aumenten los ámbitos que —de acuerdo con la polarización que para Bahrtdt definía la esencia de la ciudad— no son ni privados ni públicos. Los espacios son públicos en el sentido en que no son privados pero no son en absoluto públicos en referencia al desarrollo de una forma de vida colectiva. Hay espacios que parecen comunes pero que no son de verdad públicos. Se trata de una desaparición del espacio público en el sentido tradicional de la expresión, es decir, un espacio en el que se exprese y represente la cosa pública como lo hace la ciudad monumental con su arquitectura centrada, organizada en torno a lugares simbólicos del poder. Pero también nos falta espacio *para el público*, es decir, la ciudad en tanto que hace posible la vida en común lugares como la calle, los paseos, las plazas, los cafés, los parques, los museos o las salas de espectáculos. Y cuando desaparecen los espacios de vida común, desaparecen también las formas de sociabilidad que reunían los diferentes componentes de la sociedad.

Lo que ha tenido lugar es una verdadera privatización de la ciudad: de las urbanizaciones, los servicios, la seguridad. El espacio público desaparece bajo el control privado tanto en el extremo de lo más exclusivo como en el de lo más excluyente. Por un lado están los barrios de exclusión y sin ley; por otro, los espacios comerciales o recreativos de acceso restringido, las “comunidades cercadas” con sus sistemas de vigilancia y seguridad. Se podría concluir que el actual espacio público son las vías de tráfico, un mero lugar de tránsito, simples instrumentos para desplazarse.

4. La nueva urbanidad

El problema al que hoy nos enfrentamos consiste en cómo pensar la ciudad cuando tenemos redes en lugar de vecindario, cuando el espacio homogéneo y estable no es más que un caso límite en el seno de un espacio global de multiplicidades locales conectadas, cuando hace ya tiempo que el debate público se realiza en un espacio virtual, cuando las calles y las plazas han dejado de ser el principal lugar de encuentro y escenificación. La cuestión es saber si el espacio público, como espacio de experiencia humana ínter subjetiva, esencial a la democracia, necesita un tipo de espacio físico sobre el modelo griego, medieval, renacentista y burgués, o si esa antigua relación entre civilización y urbanidad puede realizarse fuera de los espacios de la ciudad clásica europea.

La crítica de la ciudad ha lamentado siempre alguna pérdida: en el XIX era la decadencia del orden y las costumbres; hoy es la privatización del espacio público y la desaparición de espíritu de ciudadanía. Las quejas por una pérdida de la urbanidad y la apelación a los políticos para que detengan este deterioro guardan un cierto parecido con las viejas críticas conservadoras hacia la ciudad. Si en un caso se propagaba una vuelta al campo y a la pequeña ciudad, el actual discurso acerca de la desaparición de la urbanidad quiere conservar la gran ciudad pero con una lógica pesimista muy similar: en ambos casos se urge a hacer algo para conservar un pasado mejor frente a un desarrollo social considerado como una amenaza. Todas esas historias son verdaderas pero olvidan que tales pérdidas a menudo son transformaciones que vienen acompañadas de no pocas ganancias y que responden también al mismo deseo de emancipación, ahora bajo otra forma, del que nacieron las ciudades. Esas visiones nostálgicas de la ciudad, a cuya recuperación apelan tales críticas, no suelen pararse a pensar si no hay también buenos motivos para que la ciudad europea haya desaparecido progresivamente. De otro modo no podría explicarse por qué los seres humanos no han puesto mucha resistencia a ese desarrollo. Y tampoco conviene olvidar que la ciudad del pasado no estaba tan integrada ni equilibrada como la nostalgia tiende a hacernos creer. La transformación de la ciudad tradicional tiene también su lógica y sus buenos motivos. No hay que olvidar que la ciudad compacta del XIX debía su espesor a la pobreza y al mal

transporte. Quien no tenga esto en cuenta estará elaborando una utopía retrospectiva.

Pensar hoy las condiciones de posibilidad de la urbanidad probablemente exija hacerlo fuera de la tradicional contraposición entre la ciudad y el campo, como algo que cada vez tiene menos sentido. En ambos espacios hay formas de vida urbana y provinciana. Los habitantes de la ciudad que se van al campo siguen siendo ciudadanos, porque en el fondo hay ciudad donde hay posibilidades de emancipación. En los llamamientos a defender la forma de la ciudad europea hay una excesiva valoración de la configuración material de la ciudad, como si se olvidara que restaurar el aspecto de la ciudad no es lo mismo que mantener su cualidad específica. La urbanidad es más que la forma de la ciudad; es un modo de vida, una actitud, una cultura cívica, que tal vez podría realizarse en otro escenario y que probablemente ya no pueda realizarse más que en otro escenario.

Con esto no quiero sugerir que el urbanismo esté exculpado de toda responsabilidad a la hora de articular el espacio público. No es igual cómo se configuren los espacios urbanos, pero tampoco conviene olvidar que la urbanidad no se puede edificar, ni simularse, ni surge de hoy para mañana. La forma urbana física por ella misma no puede reemplazar a las prácticas que le están asociadas. No tiene sentido pretender reconstruir un pasado mitificado. Más interesante que la nostalgia es tratar de recordar qué es lo que ha representado y puede seguir representando, bajo una forma distinta, la ciudad europea. Su dimensión integradora y democrática no se mantiene en vida musealizándola; tiene que ver más bien con la configuración de espacios compartidos donde lo diverso y específico remite a implicaciones más amplias, ámbitos civilizatorios que maduran no cuando se hacen más idénticos a sí mismos sino en la medida en que se articulan con lo diferente de sí.

¿Se puede hablar todavía de integración social, urbanidad o espacio público en las actuales circunstancias? Creo que sí pero a condición de distinguir los valores de urbanidad de la vieja representación que tenemos de la ciudad europea. La urbanidad (ciudadanía, civilización) es algo más que la forma de la ciudad europea y más incluso que una forma urbana de vivir. Las esperanzas de liberación,

autorrealización, integración, han de liberarse a su vez de la forma tradicional de la ciudad europea. Esos valores que se cultivaron con especial intensidad en Londres, Viena, París, Berlín, Madrid o Bilbao pueden ser vividos actualmente en esos sistemas reticulares a los que parecen apuntar las futuras estructuras de población. El proyecto de una vida urbana se ha deslocalizado y la ciudad se ha convertido en un valor simbólico; la forma tradicional de la ciudad europea es hoy simplemente una metáfora cuyo contenido se realiza en las democracias que funcionan, en los mercados justos, en los espacios globales humanizados, allá donde sea posible la convivencia entre diferentes sobre el horizonte de un mundo verdaderamente común.

¿Cómo pensar entonces la “nueva urbanidad” (Häussermann / Siebel 1987), en la ciudad desmaterializada del futuro (Mitchell, 1995 y 2001)? Cuando Simmel escribía sus célebres consideraciones la modernidad era algo reservado a las grandes ciudades. Actualmente las características de esa forma de vida urbana cuyo lugar propio era la ciudad europea se pueden encontrar tanto en los habitantes del campo como en los de la ciudad. Probablemente estemos asistiendo a una universalización de la forma urbana de vivir, que permite al mismo tiempo presentarse de modos muy diversos. La urbanidad como forma de vida puede realizarse en cualquier sitio. Lo que queda de la ciudad es el valor ubicuitario de la urbanidad. El ejercicio de los valores de la urbanidad ya no está condicionado por la ciudad como su lugar exclusivo. No es que la urbanidad haya desaparecido sino que ya no se realiza en ningún lugar exclusivo. Ya no está vinculada ni se produce en ningún lugar concreto sino en el carácter de los seres humanos. De hecho, cuando Simmel definió el modo de comportamiento típico de las grandes ciudades estaba hablando más de la mentalidad moderna que de los habitantes de la ciudad. Las propiedades de la urbanidad que las grandes ciudades reclaman de sus ciudadanos son las mismas que se exigen de cualquier identidad en las sociedades modernas: una capacidad de tramitar la inseguridad, la diferencia, la contradicción, la ambigüedad y la extrañeza.

Cuando no había coches, ni telecomunicaciones, ni medios de información, la densidad espacial de la gran ciudad era necesaria para llevar a cabo las grandes

innovaciones económicas, políticas y culturales que a ella le debemos. Todos los que querían participar en esa gran oportunidad “tenían que estar ahí”. Pero esto se ha convertido en algo superfluo. Cuando se abandona el modelo centro/periferia, cuando el centro está en todas partes, la implantación local cambia de estatuto; cada punto es un centro en las intersecciones múltiples de la red. Cada punto local implica la red global; recíprocamente ésta no es nada sin la multiplicidad de los lugares singulares. Las sociedades modernas apenas necesitan centralidad espacial. Es importante comprenderlo para concebir el nuevo espacio público que se nos abre más allá del antiguo paradigma arquitectónico y nos invita a pensar de otra manera la ciudad. La emancipación frente a la naturaleza y la comunidad, el autogobierno, la integración social son objetivos que ya no requieren la forma de la ciudad: la opinión política se realiza fundamentalmente a través de los medios de comunicación y no en las plazas o calles; la organización democrática ya no es una propiedad exclusiva de las ciudades sino de un principio de organización de los estados; con la globalización el mercado ya no es un lugar urbano; la diferencia entre lo privado y lo público se da igualmente en el campo; también fuera de la ciudad se puede vivir sustraído del poder de la naturaleza. Esta pérdida de la especificidad política, económica, social y civilizatoria de la ciudad es el motivo por el que haya desaparecido la forma física de las ciudades en las actuales aglomeraciones urbanas, pero también explica la imposibilidad de restaurar la urbanidad por medio de una intervención planificadora.

Es cierto que la menor densidad de población hace que las ciudades sean cada vez menos aquellos espacios en los que, gracias a las interacciones involuntarias motivadas por la proximidad, se cultiva esa mentalidad que configura un espacio para la heterogeneidad en el apretado espacio social. Las ciudades ya no son, por su mera composición espacial, aquellos “establecimientos educativos” que describía Simmel. Con la urbanización de toda la sociedad, la urbanidad, ese modo de vida tan útil para la integración de los extraños, ha de ser interiorizada por cada individuo; ya no puede dejarse sólo en manos de los urbanistas, sino que ha de confiarse a las diversas instancias educativas, si es que deseamos que nuestro comportamiento se desarrolle de acuerdo con los valores que hicieron de las ciudades aquellos espacios

de civilización que permitieron el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna.

BIBLIOGRAFÍA:

- Bahrtdt, Hans-Paul (1996), *Himmlische Planungsfehler. Essays zu Kultur und Gesellschaft*, München: Beck.
- (1998), *Die moderne Stadt: Soziologische Überlegungen zum Städtebau*, Opladen: Leske + Budrich.
- Bataille, Georges (1974), “Architecture”, en *Oeuvres complètes I*, Paris: Gallimard.
- Bauman, Zygmunt (2000), *Liquid Modernity*, Cambridge: Polity Press.
- Braudel, Fernand (1979), *Civilisation matérielle. Économie et capitalisme*, Paris: Armand Colin.
- Descartes, René (1937), *Oeuvres et lettres*, Paris: Gallimard.
- Engels, Friedrich (1970), “Über die Umwelt der arbeitenden Klasse”, en *Schriften*, ed. por Ulrich Conrads, Gütersloh: Fundamente.
- Gans, Herbert (1962), *The Urban Villagers: Group and Class in the Life of Italian-Americans*, Glencoe: Free Press.
- Goffman, Erwing (1973), *La mise en scène de la vie quotidienne*, Paris: Minuit.
- Häussermann, Hartmut / Siebel, Walter (1987), *Neue Urbanität*, Frankfurt: Suhrkamp.
- (2000), *Soziologie des Wohnens: Eine Einführung in Wandel und Ausdifferenzierung des Wohnens*, München: Juventa.
- Hannerz, Ulf (1992), *Cultural Complexity*, New York: Columbia University Press.
- Innerarity, Daniel (2001), *Ética de la hospitalidad*, Barcelona: Península.
- Lefort, Claude (1986), *Le travail de l'oeuvre Machiavel*, Paris: Gallimard.
- Lofland, Lyn (1973), *A World of Strangers: Order and Action in Urban Public Space*, New York: Aldine.
- Marcuse, Peter/van Kempen, Ronald (eds.) (1999), *Globalizing Cities: Is there a New Spatial Order?*, Oxford: Blackwell.
- Mitchell, William (1995), *City of Bits. Space, place and the Infobahn*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

- (2001), *E-topía: vida urbana, Jim pero no la que nosotros conocemos*, Barcelona: G. Gilli.
- Pocock, John G. A. (2003), *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press.
- Sassen, Saskia, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press.
- Sennett, Richard (1996), *The Uses of Disorder: Personal Identity and City Life*, London: Faber&Faber.
- Sieverts, Thomas (1998), *Zwischenstadt*, Braunschweig-Wiesbaden: Vieweg.
- Simmel, Georg (1993), “*Die Gross-Städte und das Geistesleben*”, en *Das Individuum und die Freiheit*, Frankfurt: Fischer, 192-204.
- Weber, Max (1956), *Wirtschaft und Gesellschaft*, II, 929, Köln/Berlin: Kiepenheuer & Witsch.
- Whyte, William Foote (1943), *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*, University of Chicago Press.
- Wirth, Louis (1974), “*Urbanität als Lebensform*” , en U. Herlyn (ed.), *Stadt- und Sozialstruktur*, München: Nymphenburger Verlagsanstalt, 42-66.